

Cité bizarre

Jorge Vázquez Ángeles

¡Viva la Santa Fe!
—REBEL D'PUNK

EN OCTUBRE DE 1958 la DC Comics, una de las más importantes productoras de héroes contemporáneos, introdujo a Bizarro,¹ antihéroe que nace cuando un rayo duplicador le cae encima a Superboy. El experimento, que parodia al Frankenstein de Mary Shelley y prefigura el sueño inconcluso de la clonación humana, no es del todo satisfactorio. Aunque el engendro es igual de fuerte y veloz que el héroe de capa roja se trata de un Dolly frustrado. Lo que para nosotros es normal, dentro del ámbito de los valores occidentales, para Bizarro es todo lo contrario. Su pensamiento es antinómico: lo bueno es malo, lo bonito es feo. Quizá Nietzsche, quien aspiraba a una transvaloración de todos los valores, de haber leído las aventuras de Bizarro contra Superman habría aplaudido el nacimiento del primer cómic del Superhombre.



De la misma forma en que la sociedad juzga a sus representantes haciendo chistes sobre su aspecto físico

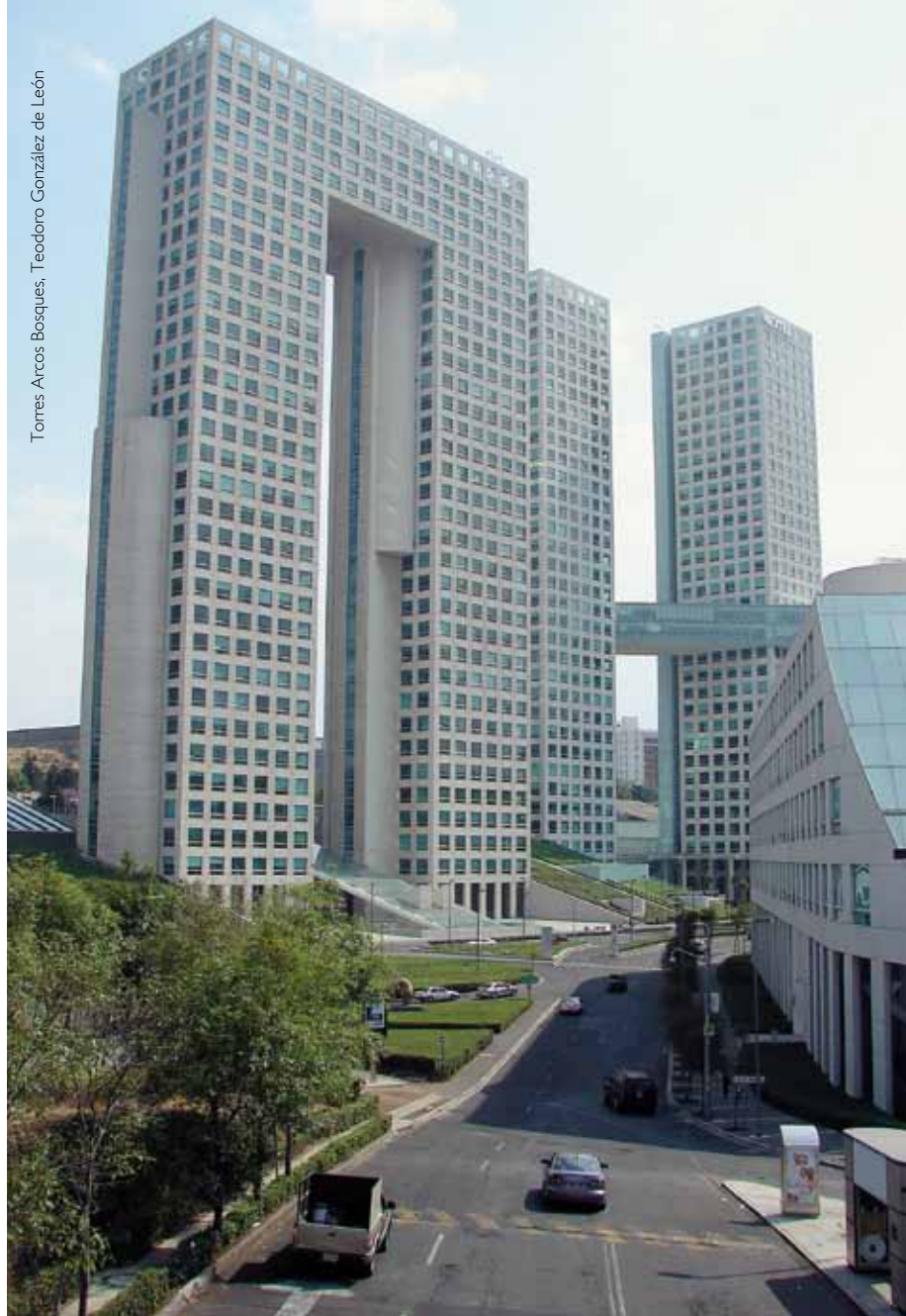
¹ *Bizarro* es una palabra inglesa que quiere decir extraño, raro, estafalario. En lo subsecuente se utilizará el nombre Bizarro para referirse a este singular personaje, aunque el significado en español del término sea otro: valiente, generoso, lúcido, espléndido.

(“Pelochas”, “Chaparro”, “Ranchero”), un edificio se califica en función de su forma, el aspecto más visible de la arquitectura. El público en general, sin importar su edad, condición social o cultural, es libre de manifestar su gusto o repugnancia por un edificio en particular. Algunos los prefieren de colores chillones; otros, sobrios, preferentemente grises como el concreto, aunque sus detractores aleguen que estos edificios son fríos e inexpressivos. Quienes afirman que lo clásico nunca pasa de moda se inclinan por las formas griegas y romanas, que dan cobijo a salones de fiesta para quinceañeras trasnochadas, discotecas con cadeneros de aspecto patibulario y *table dances* de falsas aspiraciones orgiásticas. En esta batalla entre tirios y troyanos la ciudad entera se juega su destino: como obra colectiva, de acuerdo con el gusto, las tendencias y el bolsillo, ésta se configura o se destruye. La ciudad, ese territorio que nace donde termina el campo, se ha poblado de molinos de viento indestructibles, bautizados por la crítica especializada —léase el hombre de a pie— como “La Licuadora”, “Las Coca Colas”, “El Elote”, “El Mofle”, “El Pantalón”, etc.²



A Carlos Hank González, el padre de los ejes viales, lo convencieron de desarrollar el poniente de la ciudad, ocupado por un basurero a cielo abierto y por extensas zonas de donde se extrajo la arena con que se edificó buena parte de la ciudad de México. ¿Cómo convencer a los posibles inversionistas de las virtudes de arriesgar sus capitales en más de 800 hectáreas, buena parte de ellas ocupadas por desperdicios y pepenadores? Años

² Respectivamente: el edificio de Mexicana de Aviación, Pedro Ramírez Vázquez; Residencial del Bosque 1 y 2, César Peli; Torre de Administración e Investigación del Cenart, Ricardo Legorreta; Televisa Chapultepec, Enrique Norten; Torre Arcos Bosques 1, Teodoro González de León.



Torre Arcos Bosques, Teodoro González de León

atrás, la naturaleza había ofrecido una respuesta conveniente. El 14 de marzo de 1979, un sismo de 7.6 grados en la escala de Richter derribó la Universidad Iberoamericana, ubicada en la Campestre Churubusco. En un acto generoso, no exento de polémica, el presidente que defendería el peso como un perro donó a la Ibero el terreno que actualmente ocupa. Si en 1532 Vasco de Quiroga fundó el pueblo-hospital de Santa Fe, la Compañía de Jesús recibió la encomienda de colonizar una zona aún pestilente por los restos de basura, sin vialidades definidas y famosa por el fenómeno de los chavos banda que defienden sus territorios a pedradas y navajazos. A pesar de las condiciones difíciles, el experimento satisface a los urbanistas: a partir de 1990 “City

Santa Fe” comienza a crecer, consolidándose como una de las zonas más caras y exclusivas de México. Los más destacados arquitectos mexicanos diseñan por lo menos un edificio en Santa Fe: las obras de Ricardo Legorreta son reconocibles por sus colores inspirados en la colorida paleta de Barragán, si bien la única diferencia se da cuando el maestro jalisciense responde a la medida y la contemplación, y Legorreta se desborda a tal grado que el rubro de mantenimiento en cualquiera de sus obras cuesta un ojo de la cara. Al único edificio de Teodoro González de León en la zona lo envuelve una leyenda urbana: tras ser rechazado el primer proyecto para el corporativo de Hewlett-Packard por no utilizar figuras triangulares como elementos formales (disposición que aparentemente se contempló en el primer plan parcial de desarrollo del lugar), el arquitecto propone un volumen que visto en planta representa un triángulo, y que se repite en fachadas, patios, pérgolas... Se trata

de un desafío volumétrico llevado hasta sus últimas consecuencias. La producción de Agustín Hernández puede parecer breve, pero con el conjunto Calakmul demuestra su calidad como arquitecto, al configurar el único hito urbano de Santa Fe: bautizado como “La Lavadora”, el edificio, además de sacar grandes ventajas al terreno donde se levanta, aprovecha mejor que cualquier otro el vilipendiado vidrio-espejo para crear la ilusión de una esfera dentro de un cubo, representación del cielo y la tierra. Por su diseño de iluminación el edificio se hizo acreedor a varios premios, hecho que a los administradores parece no importarles: a pesar de las elevadas rentas que deben cobrar, el edificio sólo se ilumina esporádicamente. Hay algo de humor involuntario en el edificio y su contexto, ya que la corriente que brota de la fachada nos recuerda que para que una lavadora funcione necesita agua, y que “El Pantalón” de González de León, bien doblado, puede lavarse aquí.

Conjunto Calakmul, Agustín Hernández





La "nueva" Santa Fe



Si se aborda un microbús de la Ruta 5 a la salida del metro Tacubaya, se llega a Santa Fe, en el poniente de la ciudad de México. Al atravesar el puente del Periférico, Avenida Jalisco se convierte en Camino Real a Toluca, que cruza las colonias Bella Vista, José María Pino Suárez, Pólvora, La Conchita, El Paraíso, El Cuernito, Cuevitas, La Palmita, La Mexicana, Pueblo Nuevo y El Pirul, entre otras. A la altura de la Unidad Belén cambia su nombre a Camino a Santa Fe, y después del Panteón Civil de Santa Fe se rebautiza como Vasco de Quiroga, una de las principales avenidas de ese otro Santa Fe, el Bizarro, el que le arrebató el nombre original al pueblo-hospital fundado justamente por Vasco de Quiroga. Los dos Santa Fe no sólo se diferencian por el código postal, sino por la silueta urbana que cada uno dibuja. En uno, las construcciones chaparras muestran el cobre a través de la piel gris del tabicón en contraste con el concreto aparente; los siempre limpios cristales esmerilados se transforman en láminas opacas y mugrosas sostenidas por perfiles de aluminio dorado. El Santa Fe real, el que fue bautizado por los nuevos

colonizadores como “el pueblito”, carece de espacios abiertos. Su antítesis posee una Alameda que sólo visitan aquellos desdichados que no tienen automóvil o los empleados que a la hora de la comida salen a tomar el sol. De uno u otro lado, ya sea del pobre o del rico, Santa Fe es un sitio no apto para peatones. Si esta omisión se justifica en el viejo barrio por su desarrollo desordenado y el desconocimiento de las técnicas urbanas, en el nuevo, a pesar de sus aires de grandeza, el concepto del *flâneur* es irrealizable pues el sitio no deja de ser agreste y agresivo, y solamente ofrece la posibilidad de sentarse a pensar acerca de automovilismo y velocidad. Según se afirma, la intención del nuevo Santa Fe era parecerse al moderno sector parisino del Arco de la Defensa. Guardadas las distancias, una cosa es cierta: el trazo de plato roto del viejo Santa Fe emula las callejuelas parisinas, sólo que en lugar de un majestuoso puente que atravesase el río Sena para llegar a la modernidad, una glorieta sin monumentos ni flores marca el inicio de la aspiración cosmopolita y moderna de una sociedad que ha hecho de la palabra *crisis* un tatuaje grabado en el alma. Vasco de Quiroga no es Champs Élysées.



El problema de las lecciones urbanísticas es que se aprenden demasiado tarde, y revertir inercias y vicios cuesta mucho tiempo y dinero. Santa Fe y su Bizarro, el pobre o el rico, según quiera verse, revelan un conflicto insondable: históricamente este país no se ha ocupado por regenerar amplias zonas que cuentan con infraestructura y que podrían detonar y transformar para siempre la calidad de vida de millones de personas. En

cambio, se crean sueños literalmente cimentados sobre basura, que generan más problemas que soluciones. Hoy día, la joya de la ciudad de México corre el riesgo de colapsar debido a las deficientes vialidades, la falta de transportes y de agua potable, entre otros problemas. Un sueño de millones de dólares fue alcanzado por la apabullante realidad. Sea un peligroso villano o un patito que lo mismo se enamora de Luisa Lane que de la Mujer Maravilla, el Bizarro nos recuerda el aguafuerte de Goya *El sueño de la razón produce monstruos*. ■■